

La casa y sus olores. Sensibilidades olfativas durante la pandemia por COVID-19 en Argentina

Ana Lucía Cervio

1. Introducción

Este capítulo propone una reflexión sobre la casa y sus olores. La casa (la propia, la de los abuelos, la de los amigos, la de la esquina...) huele y, desde ahí, enuncia mensajes acerca de los sujetos, relaciones, consumos y conflictos que se juegan entre “sus cuatro paredes”. La casa es un signo polisémico. Desde el sentido común, se lo retrata como un espacio asociado a la intimidad, los afectos, el bienestar, el reposo y la protección. De allí que la expresión “sentirse en casa” sea aplicable a situaciones y experiencias de comodidad, placer, disfrute y/o familiaridad.

En español, los términos “vivienda” y “casa” suelen utilizarse de modo equivalente, llegando a ser, en general, términos intercambiables en sus usos cotidianos. Tal es así que para la Real Academia Española (RAE, 2023) la primera es definida como un “*lugar cerrado y cubierto construido para ser habitado por personas*”, y la segunda es descripta como un “*edificio para habitar*”. Estos significados, convergentes en sus primeras acepciones con la “cosa construida” destinada a la función de habitación, ofrecen un panorama difuso y poco conducente para propiciar una distinción de fondo entre ambos conceptos. La situación cambia cuando se repara en las distinciones entre “*house*” y “*home*” en inglés, o “*haus*” y “*heim*” en alemán, donde los primeros dominios designan meramente el conjunto de componentes construidos, y los segundos aluden tanto a las características residenciales como a la experiencia de habitar un espacio.

La casa, en su acepción de hogar, designa un lugar físico que, además, reúne personas, afectos y significados. Es la síntesis más perfecta entre el hábitat y el habitar, pues en el interior de sus contornos, y a la luz de sus externalidades morfológicas (impersonales), se despliegan las dinámicas biográficas y de clase que supone el acto de *habitar*, en tanto experiencia que se produce en el flujo de la vida cotidiana y que transforma el “espacio vivido” en “lugar” (Lefebvre, 1972). Comprendida como un universo que tensa las relaciones entre lo construido y la experiencia del habitar (Cervio, 2022a, 2020b), la casa es un *lugar-sentido por y a través del cuerpo/emoción* en el que convergen lógicas socio-afectivas, materiales y simbólicas que remiten a las formas particulares en las cuales los sujetos viven y con-viven *entre* el mundo de lo público y lo privado.

Aunque la casa no agota todas las formas que asume el espacio privado es, sin lugar a dudas, el recinto paradigmático de este tipo de relaciones. Un breve repaso por el aludido concepto ofrece pistas básicas para erigir (o al menos despuntar) los múltiples sentidos de la casa que aquí se quieren mencionar en forma introductoria.

Hannah Arendt (2003) distingue el espacio público y privado como ámbitos en los que se despliegan las actividades vinculadas a la vida-en-común, por un lado, y las que se asocian con las necesidades de la vida, por el otro. En este marco, el espacio público es descrito como el terreno de lo compartido y de lo común; el *locus* privilegiado de lo tolerable, lo aceptable, es decir, lo “digno de ser visto y oído” por todos en tanto se encuentra por fuera de cualquier dominio interno. La esfera pública es el recinto que alberga las cosas y las relaciones calificadas como *apropiadas y comunes*. Es esta dinámica entre aceptación-tolerancia y mundo común lo que hace del espacio público un ámbito que posibilita la presencia simultánea de diversas miradas y perspectivas sobre los modos en que se presenta (es decir, cómo se ve y cómo se oye) el mundo compartido.

Por su parte, el espacio privado es, en su sentido original, una esfera de privaciones. Arendt lo define como el ámbito que recluye lo inapropiado, lo inaceptable, es decir, todo aquello que no puede ser “visto ni oído” por los demás. En la Antigüedad griega, el *rasgo privativo de lo privado* significaba hallarse desprovisto de las cosas esenciales que otorgaba involucrase en los asuntos públicos; esta privación elemental se proyectaba sobre el hombre

cuya vida se restringía exclusivamente a la esfera privada (casa y familia), quien se veía excluido de las dosis de humanidad que precisamente otorgaba la participación en la *polis*. En esta línea, las privaciones que configuran lo privado son aquellas derivadas de la ausencia de los otros o, si se prefiere, “de la realidad que proviene de ser visto y oído por los demás” (Arendt, 2003: 78). Ahora bien, dado que lo privado es la esfera de lo oculto, es decir, de aquello que no tiene significación pública, con el advenimiento del individualismo moderno comienza a ser asumido como un ámbito potencial para el enriquecimiento que, por lo tanto, debe ser protegido.. Surge así el espacio privado como emblema de la intimidad y de la interioridad destinada a proteger a los individuos del conformismo y homogenización social.¹

Desde otra perspectiva, Norbert Elias (1998) reconoce que el carácter privado de un espacio trasciende la materialidad de un lugar, un sitio o una locación. La privacidad que hoy caracteriza a la habitación o al baño en Occidente, solo por citar algunos espacios paradigmáticos de la casa, solo es posible de ser analizada si se observan las relaciones sociales a las que refieren dichos espacios, o bien de las cuales proceden en un sentido diacrónico. Así, desde una mirada sociogenética, el “espacio privado” es la resultante de una compleja dinámica de privatización de prácticas, comportamientos y sentimientos que ha tenido lugar en el marco de un proceso de civilización más amplio. El aislamiento gradual de actividades, junto con un profuso sistema de codificación social de prácticas y comportamientos, fue dando lugar a una delimitación (cada vez más) precisa de actividades y sentimientos que la sociedad acepta como legítimos (y esperables) en sus “interiores”. De esta manera, “*L’espace privé*” es una expresión metafórica de cambios sociales profundos que se refractan en el plano de los comportamientos y los sentimientos. La convivencia y/o separación relativa entre el mundo público y privado debe ser interpretada en el marco del aludido proceso socio-histórico de largo alcance. Con todo, para Elias, el espacio privado conforma el *topos* de la convivencia entre los hombres, lo que supone referir no sólo a

1 Según la autora, en la Edad Moderna surge lo “social”: una esfera híbrida entre lo público y lo privado que emerge cuando la gestión de las necesidades (hasta entonces administradas en el ámbito privado) comienzan a ocupar un sitio central en el espacio público (Arendt, 2003).

las situaciones de co-presencia que allí tienen lugar sino también, y fundamentalmente, a las reglas de convivencia y su “internalización” bajo la forma de “conciencia”, “sensibilidad”, “sentido del tacto” y “pudor” (Elias, 1998: 354).

En el marco de estas articulaciones teóricas, la casa puede ser comprendida como un espacio en el que se planifican y ejecutan diversas tareas reproductivas y económicas, así como prácticas cotidianas asociadas al placer, al conflicto y al disfrute (Blunt & Dowling, 2006; Boccagni & Kusenbach, 2020; Abdelmonem & Argandoña, 2020). Al sintetizar las conexiones más estrechas entre espacio e intimidad, la casa ofrece abrigo, produce afectos, funda memorias y formas de arraigo (Bachelard, 2002; Hochschild, 2008), al tiempo que modula prácticas, conflictos y sensibilidades (Cervio, 2020b).

En este capítulo, interesa reparar sociológicamente en el pasaje de la vivienda a la casa, en su acepción de hogar, explorando el lugar que los perfumes, olores, hedores y fragancias domésticas han tenido (y tienen) en los modos en las que sociedades tramitan la organización cotidiana de la producción y reproducción social. Para ello, se indagan algunas vinculaciones entre la casa y los olores en el marco del aislamiento obligatorio impuesto por la pandemia de COVID-19. Partiendo del supuesto teórico de que las sensibilidades olfativas constituyen una vía analítica relevante para la indagación de las emociones y experiencias de habitabilidad (Cervio, 2022a, 2022b), el análisis que sigue busca componer –desde una mirada situada y contextual– una aproximación al mundo de los olores de la casa entendiéndolo como un registro analítico particular desde el cual es posible indagar la sociedad y sus lógicas de reproducción y cambio social.

En el marco de esta inquietud sociológica, durante las primeras semanas de la cuarentena (2020) se diseñó y administró una encuesta *online* que tuvo por objetivo conocer las emociones de las y los argentinos en relación con la casa y su vida cotidiana. En marzo de 2021, al cumplirse un año del aislamiento, se realizó una nueva administración del cuestionario. En ambas rondas de la encuesta se incorporó una pregunta sobre los olores de la casa y sobre las emociones asociadas a ellos. En las páginas que siguen se presentan y discuten los principales resultados obtenidos para esta dimensión analítica, abriendo algunas líneas de lectura que hacen de la conexión *casa-olores-sensibilidades* un eje de aproximación a los actuales procesos de estructuración social.

2. Sensibilidades olfativas: algunos puntos de partida teóricos

Indagar los olores de la casa supone, en una primera aproximación, establecer relaciones entre el habitar y las sensibilidades sobre las que se fundan y reproducen las aludidas prácticas. En una segunda instancia, dicho propósito analítico fuerza a delimitar los alcances socio-sensibles que los olores –entendidos como el resultado de específicas combinaciones moleculares poseedoras de significaciones sociales– tienen en la configuración de las sensibilidades y experiencias del habitar.

Henri Lefebvre (1978, 2013) sostiene que habitar es un hecho social y político elemental, pues involucra la conversión del *espacio vivido* en un *lugar propio*. Tal apropiación, que no se define desde la mera posesión (tener) sino, más bien, desde un *hacer productor de posibilidades*, demanda al sujeto una activa inversión de capacidades, emociones e imaginación. Así, habitar es un proceso *creativo y transformador* que no sólo se despliega sobre el espacio sino, fundamentalmente, sobre los sujetos que ocupan, usan, disfrutan y/o padecen el espacio habitado como “su” lugar. Desde esta perspectiva, habitar es una característica distintiva del ser humano que, como tal, se encuentra profundamente atravesada por el conjunto de cambios y reproducciones que tienen lugar en la estructura de las relaciones sociales de producción en un momento dado.

Siguiendo la propuesta lefebvriana, el habitar (se) configura (en) la relación que los sujetos establecen con (y a través de) su espacio vivido y, como tal, sólo puede comprenderse siguiendo la cadencia que exhibe su propia trayectoria histórica, social y de clase. Dado que se trata de una práctica creativa, cotidiana, múltiple y conflictiva, el habitar se encuentra sujeto a permanentes re-definiciones; todas ellas tributarias de los flujos, ritmos, condicionamientos y posibilidades que asume la vida cotidiana en el marco del régimen de acumulación.

Si habitar implica la ocupación, permanencia y apropiación del espacio por parte de un sujeto o colectivo, la *experiencia de habitar* supone adentrarse en las dinámicas socio-sensibles que ponen en juego cuerpos *percipientes, sintientes y hacientes* en el marco de sus interacciones cotidianas con la ciudad, el barrio, la casa, la calle, etc. (Lindon, 2020; Cervio, 2022a).

Teóricamente, las sensibilidades constituyen “el conjunto de prácticas sociales cognitivo-afectivas tendientes a la producción, gestión y reproducción

de horizontes de acción, disposición y cognición” (Scribano, 2017: 244). Se trata de procesos sociales que no solo organizan las preferencias y valores de los sujetos, sino que también establecen los parámetros para la gestión del tiempo-espacio en el que se inscriben las interacciones cotidianas. Tal operatoria, desapercibida y naturalizada como un modo pretendidamente único y personal de sentir y apreciar el mundo que tienen las personas, (re)produce las estructuras y relaciones de dominación bajo el ropaje de prácticas y emociones de “todos los días” (ira, esperanza, felicidad, angustia, cansancio, etc.). En otros términos, el estudio de las sensibilidades posibilita observar tanto los modos en que las relaciones de poder permean las prácticas y sentires cotidianos, promoviendo la reproducción del orden social, así como alumbrar las intersticialidades y experiencias de cambio que, más allá de la resignación, emergen como formas de “resistencias” al orden imperante.

Desde este esquema conceptual, y dado que el mundo se conoce por y a través del cuerpo, las sensibilidades no podrían organizar “naturalmente” las dinámicas clasificatorias del mundo social según prescripciones dominantes si no contaran con la asistencia de las “políticas de los sentidos” (Scribano, 2015). Comprendidas como nodos indispensables de las sensibilidades, tales políticas “producen, localizan, significan y distribuyen socialmente particulares modos de oler, tocar, oír, mirar y saborear que circulan en una sociedad en un tiempo específico, presentando un radical contenido interseccional entre clase, raza/etnia y género” (Cervio 2022a: 10).

Desde este marco de entendimiento, las sensibilidades se articulan con las experiencias de habitar. Siguiendo el razonamiento lefebvriano, dichas experiencias no se circunscriben a la mera función de alojamiento (alimento, descanso, protección, reproducción, higiene, etc.) sino que designan y son el resultado de las condiciones materiales y emocionales involucradas en el habitar como práctica social y de clase. Así, desde los aportes de los estudios sociales de la ciudad en sus cruces con la sociología de los cuerpos/emociones, conceptualmente en otro lugar se ha definido la *experiencia del habitar* como una “relación sensible que actualiza los entramados prácticos y emocionales que los sujetos ponen en juego en sus interacciones cotidianas. Dicha experiencia es el resultado de la in-corporación de los procesos y efectos de dominación (vuelos mirada, olfacción, audición, tacto y gusto) que actualizan las percepciones asociadas a las formas socialmente

construidas de las sensaciones” (Cervio, 2015: 43). Desde esta perspectiva, experimentar los espacios habitados, lejos de remitir a un acto particular, pretendidamente íntimo e individual, señala los *modos socialmente construidos y aceptados de gestionar la distribución y disposición de clase, de género y raza/etnia de los sentidos (orgánicos y sociales) que organizan la vida social en general, y la vida urbana en particular*. Es en el marco de este señalamiento donde cobran relevancia teórica las sensibilidades olfativas que interesan abordar en este capítulo como parte sustantiva de las experiencias del habitar la casa durante la pandemia por COVID-19.

Por cuestiones de espacio, a continuación, se resumen algunas particularidades sociológicas del sentido del olfato y de los olores, sobre las que se ha indagado en profundidad en otros trabajos (Cervio, 2022a, 2022b, 2015). Dichas consideraciones forman parte del articulado teórico desde donde se efectúa el análisis que se presenta en las páginas siguientes.

- El olfato es el sentido privilegiado de la memoria, de los recuerdos y de la intimidad (Freud, 1989; Marcuse, 1972). De hecho, el *síndrome de Proust* (2006) –también conocido como “efecto magdalena”– testimonia la ligazón que los aromas percibidos establecen con recuerdos y emociones vividas. Sin embargo, nombrar los olores es una empresa compleja, casi titánica, tanto para la ciencia como para el mundo lego. En contraste con el rico y variado lenguaje disponible para dar cuenta de los estímulos visuales, por ejemplo, el vocabulario olfativo en Occidente es más bien pobre y limitado. Para nombrar un aroma los sujetos pueden recurrir a metáforas o bien enunciarlos en términos de objetos específicos (Classen, Howes y Synnott, 1994). Independientemente de cuál sea la estrategia a la que se apele para nombrar lo que se huele, dichas descripciones son la resultante de reacciones personales, social y biográficamente configuradas, ante los estímulos odoríferos y sus significaciones en un tiempo-espacio dado (Synnott, 2003).
- Los olores testimonian la existencia de un orden que se desplaza y proyecta, incluso, hacia el ámbito de la interacción social. En efecto, en la vida cotidiana, todo olor que no “esté en su lugar” provoca extrañeza/molestia/desagrado, pues no se corresponde con las expectativas propias de las circunstancias (olor a cloacas, olor a gas, percibir

el olor de una comida en descomposición, etc.). Esta característica se conecta en forma estrecha con la peculiaridad de los “juicios olfativos”: las impresiones de este sentido son radicales y categóricas. Un olor/aroma es juzgado de una sola vez como agradable o desagradable, apropiado/inapropiado, etc. Estas apreciaciones (inapelables) se *adhieren al objeto/sujeto que es olido* como algo esencial, es decir, como una parte inseparable del mismo. Este juicio puede alentar la proximidad del sujeto con aquello que es olido, o bien afirmar una distancia inquebrantable. En este sentido, se asume que los olores inciden en la configuración del espacio interpersonal que se juega en las relaciones sociales (Simmel, 2014), de allí que puedan ser comprendidos como clasificadores morales.

- Junto con el gusto, el olfato es un sentido de proximidad, pues para activarse requiere entrar en contacto con un objeto/sujeto, lo que redundando en la emergencia de profundas sensaciones asociadas a la incorporación subjetiva de aquello que es olido: placentero/displacentero; aromático/apestoso, etc. De modo que la *forma* asumida por la sensación *describe y prescribe a la cosa misma*: lo bueno es descrito como aromático y lo malo como hediondo. En esta lógica de “adherencia esencial” se basa buena parte del poder social, económico y moral que ejerce el olfato en las sociedades actuales, condicionando relaciones sociales, intercambios y modos de clasificar/apreciar el mundo (Synnott, 2003).

3. La casa y los olores durante la pandemia

Con el propósito de explorar la vida cotidiana de las y los argentinos en situación de aislamiento por COVID-19, en marzo de 2020 se diseñó y aplicó una encuesta *online* (Cervio, 2020a). El objetivo general fue identificar y describir las principales prácticas y emociones relativas a la casa como espacio de vida y de confinamiento que tenían personas adultas que se encontraban cumpliendo con el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (en adelante, ASPO) en hogares urbanos de Argentina.² A partir de

² Según el Decreto Presidencial 297/2020, el ASPO comienza a regir en Argentina desde las 00:00 horas del día viernes 20 de marzo hasta el 31 del mismo mes. Mirando muy de cerca la evolución de las estadísticas, fundamentalmente la curva de los contagios y fallecimientos, el ASPO fue prorrogado.

un muestreo de tipo “bola de nieve” (Atkinson y Flint, 2001) se obtuvo una muestra no probabilística de 918 casos.³ En marzo de 2021, con el propósito de indagar vínculos entre emociones y vida cotidiana a un año de la pandemia, se realizó una nueva administración del cuestionario, obteniéndose una muestra de 1215 casos (Cervio, 2021a).

En lo que respecta a la recolección de los datos, se optó por un formulario auto-administrado (*Google Form*) cuyo link fue difundido por Whatsapp y, en menor medida, a través de mensajes privados de la red social Facebook. En todos los casos, para evitar cualquier forma de “invasión a la privacidad”, el contacto con las y los encuestados se realizó a través de mensajes individuales en los que se indicaban los objetivos del estudio y se explicitaba el carácter anónimo y confidencial de la información colectada. Una vez concluido el periodo de recolección, los resultados fueron exportados a *SPSS* en orden a complejizar el procesamiento y ampliar las posibilidades analíticas de los datos.

Las variables exploradas con ambos instrumentos semi-estructurados fueron agrupadas en las siguientes dimensiones: a) Situación y condición habitacional; b) emociones sobre la pandemia y expectativas sobre la situación sanitaria; c) cuarentena y vida cotidiana y d) sentidos y emociones respecto de la casa, “quedarse en casa” (2020) y “salir de casa” (2021).

do en dos ocasiones: hasta el 12 de abril (Decreto 325/2020) y hasta el 26 de abril inclusive (Decreto 355/2020). En esta última oportunidad, el Poder Ejecutivo Nacional autorizó a los gobernadores a solicitar excepciones locales cuando la situación sanitaria así lo permitiera. Seguidamente, por Decreto 408/2020, se dictaminó el cese del ASPO como estrategia general del país para mitigar el COVID-19, manteniéndolo hasta el 10 de mayo, inclusive, solo en conglomerados urbanos de más de 500 mil habitantes (seis áreas urbanas); en el resto del país comenzó a regir una segunda estrategia sanitaria: Distanciamiento Social, Preventivo y Obligatorio (DISPO). A partir del 11 de mayo, el Decreto 459/2020 ordenó la finalización del ASPO en las grandes áreas urbanas y el comienzo del DISPO, con excepción del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) en la que se acumulaba el mayor número de contagios. Desde esa fecha se adoptó una política de segmentación territorial, disponiendo el ASPO o DISPO de acuerdo con la situación sanitaria de cada ciudad/localidad. Con todo, Argentina es uno de los países que ha tenido la cuarentena obligatoria más extensa del mundo. En marzo de 2022, al cumplirse dos años de la pandemia, el país contabilizaba más de 9 millones de casos y lamentaba el fallecimiento de 127.494 personas (Ministerio de Salud, 2022).

³ El período de administración de la primera ola de la encuesta se extendió entre el 1º y 13 de abril de 2020, es decir, durante las primeras semanas del aislamiento iniciado en el país el día viernes 20 de marzo. Por su parte, el segundo relevamiento se extendió entre el 20 de marzo y el 4 de abril de 2021, en coincidencia con el primer año del Decreto Presidencial 297/2020 que instauró el ASPO en Argentina.

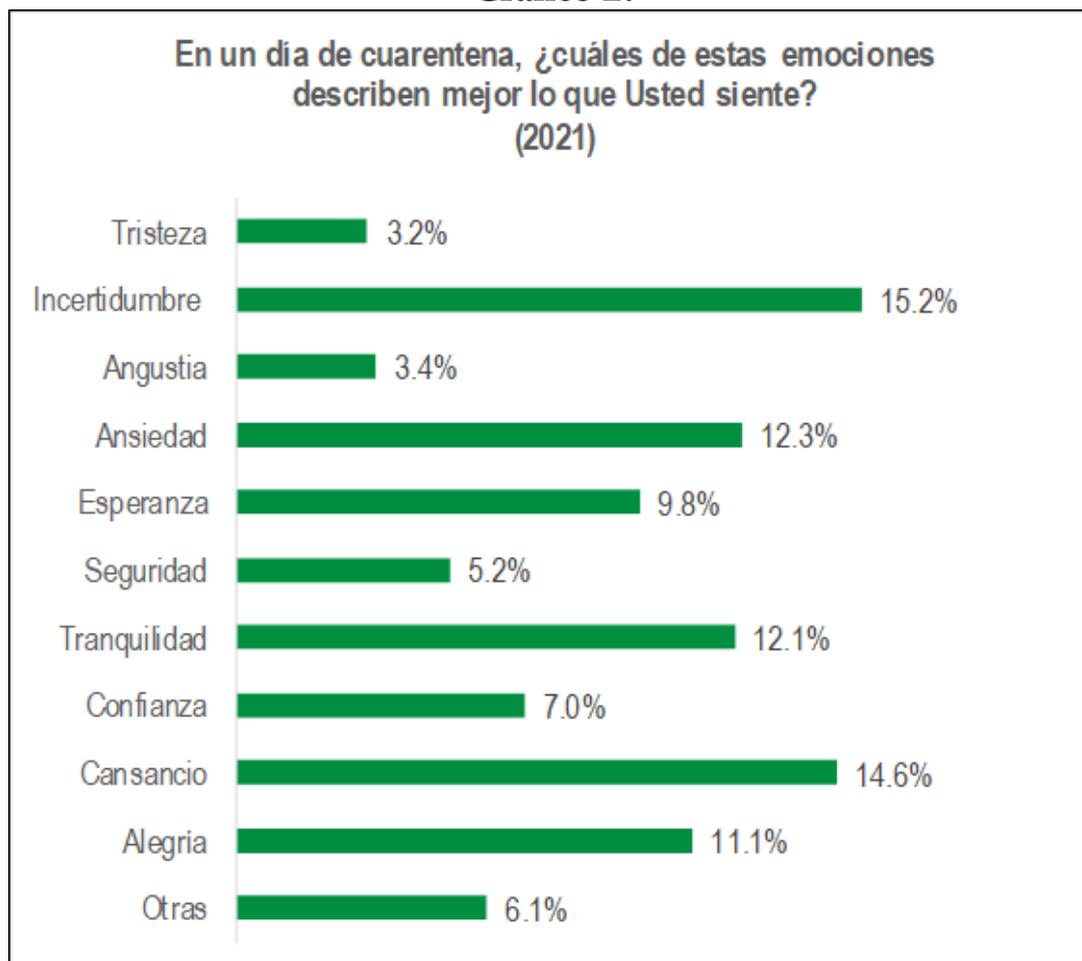
Los datos revelan que frente a la irrupción de la pandemia y el confinamiento obligatorio, en 2020, los argentinos consultados sintieron, mayoritariamente, incertidumbre (25.4%), siguiéndole, en términos relativos, emociones como la “ansiedad” (19.8%) y la “angustia” (12.6%) (Gráfico 1).⁴ Por su parte, en 2021, se detectó una mayor dispersión en las emociones mencionadas (Gráfico 2). Si bien la incertidumbre (15.2%) se mantuvo liderando el cuadro del sentir de las personas consultadas, ésta estuvo acompañada, en valores relativos similares, por el cansancio (14.6%). En segundo orden, a un año de iniciada la pandemia, y ya comenzando a transitar la “segunda ola” de COVID-19, se detectó otro conjunto de sentires cotidianos –ambivalente y contradictorio– encabezados por la “ansiedad” (12.3%), la “tranquilidad” (12.1%) y la “alegría” (11.1%).

Gráfico 1.



Fuente: Elaboración con base en Cervio, 2020a.

⁴ Otro estudio desarrollado en Argentina durante la primera etapa de la pandemia muestra que frente al COVID-19 y al confinamiento obligatorio la población sintió, fundamentalmente, incertidumbre, miedo y angustia (Johnson, Saletti-Cuesta y Tumas, 2020).

Gráfico 2.

Fuente: Elaboración con base en Cervio, 2021a.

Así, frente a un escenario social repleto de paradojas y contradicciones, acechado por el dolor que producen los contagios y las muertes, la incertidumbre se expande como la emoción más frecuente que se proyecta desde los hogares, incidiendo –entre otros aspectos– en las expectativas generalizadas de la población sobre el avance de la pandemia y la gestión de sus consecuencias en el futuro inmediato.

En tal sentido, consultados acerca de cómo evaluaban la situación sanitaria en el país en el próximo mes, en 2020 el 41.2% de la muestra opinó que “lo peor todavía no habrá llegado”. Por su parte, el 24.6% manifestó “no saberlo”, el 20.8% indicó “estaremos igual que ahora” y el 13.4% restante afirmó que el próximo mes “lo peor ya habrá pasado”. Con todo, en estos primeros días de confinamiento, la incertidumbre con respecto a la evolución de la pandemia se impone como parte del cuadro del sentir generalizado que supone saber que la reclusión masiva de la población es, por el momento, la

única estrategia sanitaria probada a nivel planetario para detener el avance del virus. Un año después, las respuestas a esta pregunta tendieron a polarizarse entre quienes sostuvieron que “estaremos igual que ahora” (31.3%) y quienes consideraron que “lo peor todavía no habrá llegado” (30.6%). No obstante, así como fue relativamente alto el porcentaje de personas que en 2021 manifestó “no saber” lo que ocurrirá con la situación sanitaria en forma inmediata (33.3%) –y que de alguna manera se corresponde con el régimen de incertidumbre que domina, como signo, las emociones cotidianas de la población consultada– también se registró un porcentaje relativamente bajo de encuestados/as que opinó que dentro de un mes “lo peor ya habrá pasado” (4.9%). Aspecto que devela un posicionamiento bastante “pesimista” de las y los encuestados en relación con el avance de la pandemia, a un año del confinamiento.

En el contexto del cuadro emocional/afectivo que los resultados de la encuesta posibilitan diagramar como parte de la situación de aislamiento, la casa ocupa un lugar destacado como espacio de vida y también como epicentro del cuidado. Tras explorar los significados de la casa,⁵ en 2020, las personas tendieron a mencionar términos que, en su conjunto, hacen del espacio habitado un sitio para la protección, el resguardo y el desarrollo personal así como un ámbito para el despliegue y conformación del “hogar”. En esta línea, las expresiones que obtuvieron mayor número de menciones fueron: “Refugio”, “Seguro”, “Hogar”, “Familia”, “Mi lugar”, “Protección”, “Vida” y “Contención” (Figura 1).

Por su parte, a un año del aislamiento, las respuestas se agruparon en tres grandes grupos, clasificados según la cantidad de menciones acumuladas. En primer lugar, los encuestados sostuvieron que su casa era un espacio en el que sentían “tranquilidad”, “comodidad”, “protección” y “alegría”. En segundo orden, lo significaron como un ámbito amoroso y agradable en el que es posible vivenciar la experiencia de un “hogar”. En tercer lugar, señalaron palabras como “contención”, “familia”, “agradecimiento” y “mi lugar”, entre las más relevantes.

⁵ Esta variable fue explorada mediante una pregunta abierta en la que se solicitó a las y los encuestados escribir hasta tres palabras separadas por una coma. La respuesta no podía superar los 150 caracteres de extensión.

garse sobre sí, encontrando privacidad en el aislamiento, simplicidad en la soledad y tranquilidad en el encierro: “Habitar solo ¡Gran sueño! La imagen más inerte, la más físicamente absurda, como la de vivir en la concha, puede servir de germen a un tal sueño. Ese sueño nos viene a todos, a los débiles, a los fuertes, en las grandes tristezas de la vida, contra las injusticias de los hombres y del destino” (Bachelard, 2002: 159).

Con todo, la casa es para las y los encuestados una especie de recinto de la “intimidad protegida” (Bachelard, 2002: 27). Entre sus muros, las personas parecen encontrar parte de las certezas perdidas en el mundo exterior. La proxemia afectiva y espacial opera, en este sentido, como una especie de “punto de fuga” que le permite al sujeto conjurar los temores e incertidumbres que le ofrece el espacio público –en el que, virus mediante, el *proximus* se ha transformado en una amenaza latente y, por ello, fue condenado a la lejanía, a la distancia obligatoria– con las seguridades que le devuelve el amparo, el cobijo y la tranquilidad de los afectos resguardados “en casa”.

De esta forma, puede afirmarse que el confinamiento y el temor al virus transforman las relaciones cotidianas de proxemia y diastemia social de acuerdo con lógicas estructurales pre-pandémicas (“no novedosas”). El lazo con la alteridad –de por sí fragilizado en el contexto de la individuación, diferenciación y fragmentación social que caracterizan a la actual fase del capitalismo (Castel et al., 2013)– sucumbe en forma estrepitosa. En tanto posible “contagador”, el otro (el murciélago, quien no utiliza tapabocas, el personal de salud, quien asiste a “fiestas clandestinas”, el trabajador que tiene que salir pese a las restricciones, quien se rehúsa a ser vacunado, etc.) se transforma en una amenaza de la que hay que mantenerse “lejos” para “estar a salvo” (Korstanje, 2019; Ahmed, 2017; Cervio, 2022c). En este cuadro social, el otro ocupa una posición ambivalente: por un lado, es percibido como un “aliado”, “par” o “socio solidario” en la tarea social de cuidarse para enfrentar el brote viral, quedándose en casa y/o cumpliendo con el resto de los protocolos establecidos. Por otro lado, en forma simultánea, es percibido como una amenaza que desafía en forma radical la lógica de la seguridad y el resguardo que supone “quedarse en casa”.

Con todo, en ambas ediciones del relevamiento pudo observarse que, en general, los argentinos consultados se sienten cómodos, tranquilos, seguros, felices, aliviados, protegidos y agradecidos “en casa”. Un cuadro del sentir

(intramuros) que, además de “compensar” parte de la incertidumbre, ansiedad y angustia que se siente (cuando se sale o se piensa) en el mundo de lo público, no puede comprenderse con independencia de la situación y condición de habitabilidad,⁶ ni mucho menos por fuera del *privilegio de poder quedarse en casa* que detentaron las personas consultadas (Cervio, 2022c).

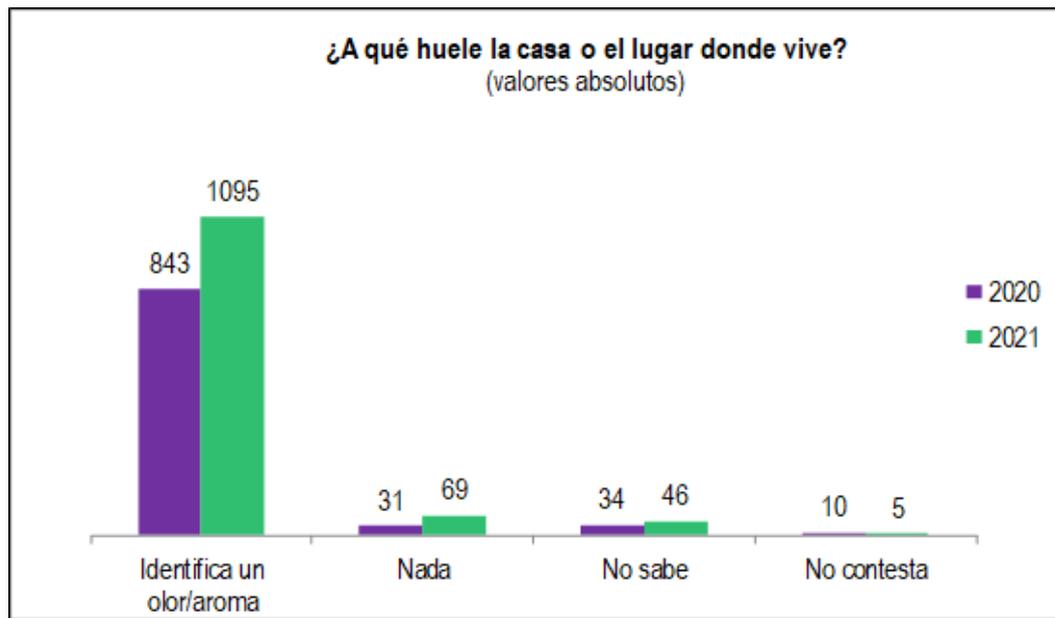
3.1. ¿Y los olores?

Como se adelantó, uno de los supuestos básicos que han orientado la indagación acerca de las experiencias de habitabilidad asociadas con la casa durante la pandemia es que las sensibilidades olfativas constituyen indicadores adecuados para indagar emociones y experiencias (Tuan, 2007; Kukso, 2019; Synnott, 2003; Le Breton, 2017). Con base en este punto de partida teórico, en ambas olas del relevamiento se consultó sobre los olores de la casa. En tal sentido, se propuso la siguiente consigna: “*Es común escuchar que cada casa tiene un olor particular. ¿A qué huele la casa o el lugar donde Usted vive?*”, indicando, seguidamente, que solo podía mencionarse (escribirse) un olor/aroma.

Un dato interesante es que, en general, no se identificaron casos perdidos para esta pregunta. Aspecto que señala, siguiendo la definición de topofilia proporcionada por Tuan (2007), que los lazos afectivos entre las personas y el lugar que habitan se compone, en buena medida, por relaciones socio-sensibles vinculadas, entre otras, a las sensibilidades olfativas. En efecto, tal como muestra el Gráfico 3, en 2020, 10 personas optaron por no contestar (1.1%), dejando en blanco el casillero o marcando un punto; en 2021, solamente 5 personas adoptaron esta decisión (0.4%). Por su parte, las categorías “*Nada*” y “*No sabe*” se aplicaron en aquellos casos en los que las respuestas así lo señalaban en forma literal. En la categorización *ex-post* realizada, ambos tipos de menciones fueron interpretados como indicios de que para la persona en cuestión su casa no tenía ningún olor particular, o bien lo tenía, pero no podía identificarlo/enunciarlo, respectivamente.

⁶ En términos modales, ambos relevamientos alcanzaron a una muestra de personas que forman parte de hogares de clase media urbana, localizados preferentemente en la zona central y metropolitana del país, y que han podido transitar los largos meses de la cuarentena por COVID-19 en viviendas que cumplen con las condiciones habitacionales mínimas. Para consultar las características sociodemográficas y las condiciones de habitabilidad de la muestra de acuerdo a indicadores específicos, *Cfr.* Cervio, 2020a; 2020b.

Gráfico 3.



Fuente: Elaboración con base en Cervio 2020a y Cervio, 2021a.

Tras un primer procesamiento de esta pregunta abierta (Figura 2), se obtuvo que para el 17.3% de la muestra, a comienzos de la pandemia, su casa olía a “esencias y aromas escogidos”, tales como limón, cítricos, vainilla o jazmín. Seguidamente, el 15.1% respondió que su casa olía a “limpio”, un 12% manifestó “comida” y un 10.6% indicó “productos de higiene”, especialmente lavandina, alcohol y desinfectante. En menor medida, se mencionaron otros aromas que fueron categorizados como “naturaleza” (9%), “hogar/familia” (8.5%), “fresco/ ventilado/ aireado” (3.6%) y “madera” (2.7%), entre los más destacados.

Por su parte, al cumplirse un año del ASPO, para el 24.3% de las personas consultadas la casa o el lugar que habitaba olía a “esencias y aromas escogidos”. En 2021 se registraron con mayor peso relativo que el año anterior respuestas que asociaban el olor “característico” del lugar habitado con ciertas decisiones tomadas por sus residentes para generar una atmósfera olfativa recortada al talle de sus propias elecciones aromáticas. En tal sentido, dentro de esta categoría, se incluyeron menciones que daban cuenta de la elección de sahumeros, aceites esenciales, así como desodorantes cuyas fragancias eran especialmente escogidas por los usuarios para ambientar el espacio en clave odorífica.

En segundo orden, el 12% de las personas respondió que, a un año de iniciada la pandemia, su casa olía a “limpio”, un 11.2% manifestó que olía

a “naturaleza” (se incluyeron en esta categoría menciones tales como plantas, flores, pasto, etc.), un 10.7% admitió que olía a “comida” y un 9.5% mencionó que su casa olía a “hogar/familia”. En menor medida, se indicaron otros aromas que fueron categorizados *ex post* como “fresco/ventilado/aireado” (4%), “madera” (2.9%), “producto higiene” (2.7%), “humedad” (2%) y “animales” (2%), entre los más destacados.

Figura 2.

Es común escuchar que cada casa tiene un olor particular. ¿A qué huele la casa o el lugar donde vive?		
	2020	2021
Producto de higiene	10.6	2.7
Esencias y aromas escogidos	17.3	24.3
Comida	12.0	10.7
Naturaleza	9.0	11.2
Toxinas	2.0	-
Humedad	1.7	2.0
Hogar/Familia	8.5	9.5
Limpio	15.1	12.0
Fresco/Ventilado/Aireado	3.6	4.0
Madera	2.7	2.9
Animales	1.2	2.0
Otro	8.2	8.9
Nada	3.4	5.7
No sabe	3.7	3.8
No contesta	1.1	0.4
Total	100	100

Fuente: Elaboración con base en Cervio 2020a y Cervio, 2021a.

Como puede observarse, en las “escenas odoríficas” de ambos períodos prevalecen dos componentes dominantes: las esencias/aromas que son especialmente escogidos, por un lado, y el olor a limpio, por el otro. Como se anunció, dentro del primer grupo se incluyeron respuestas que indicaban como “odorante” todo tipo de elemento “productor” de algún olor/aroma, sea éste natural o artificial (por ejemplo, velas, aceites, difusores, perfuminas, sahumeros, etc.). A la hora de la categorización, el aspecto más relevante consistió en partir del supuesto de que los olores/aromas indicados eran objeto de una decisión (“negociación”) de ambientación/armonización aromática por parte de los habitantes de la casa. Lo interesante en este sentido es que entre las respuestas se observaron tanto los elementos/artefactos productores de olores particulares (difusores, velas, perfumes, sahumeros, etc.), como así también los olores/aromas específicos producidos por dichos elementos u artefactos (“capullos de algodón”, “pachuli”, “verbena”, “sándalo”, etc.).

Ambientar la casa con algún aroma forma parte de una tarea de gestión sensible del espacio habitado que se suma a otro conjunto de decisiones tomadas por los habitantes para administrar la relación hábitat/habitar en la que viven y conviven: elección de los colores de las paredes, estándares y prácticas de limpieza, amueblamiento, decoración, etc. En tal sentido, resulta familiar que lo primero que se (nos) revela al ingresar en una casa ajena no es la forma particular en la que se distribuyen los ambientes (habitaciones, living, cocina, patio) ni tampoco las elecciones estéticas que acompañan toda forma de ornamentación del espacio. Por el contrario, lo primero que se detecta al ingresar en la casa de “otro” es “su distintiva combinación de gases. Como una sonda internándose en un planeta lejano, nuestras narices se concentran en lo distinto y en lo semejante: firmas aromáticas de la otredad, diversas formas de ser, de estar, de oler” (Kukso, 2019: 254).

La gestión odorífica del espacio posibilita regular, con cierto margen de decisión, la atmósfera que se respira en su interior. Esto posibilita ocultar y/o encubrir los originales “olores de la casa” que se producen y multiplican con todas las actividades cotidianas que se desarrollan en su interior: cocinar, lavar, trabajar, comer, dormir, ir al baño, etc. Forman parte de los olores de la casa no sólo los exudados por los cuerpos⁷ que allí habitan o que circu-

⁷ Es interesante reparar en los olores corporales de acuerdo al género y la edad, indagando en los lu-

lan en forma esporádica. También cobran relevancia los olores producidos por los alimentos consumidos, por los tipos de cocción habituales, por las fuentes de energía utilizadas para cocinar y calefaccionar los ambientes, los olores resultantes de las prácticas de limpieza, de los materiales de las vestimentas utilizadas, de los circuitos de ventilación y aireación disponibles, entre otros.

Todos estos olores, en sus cruces, alquimias y aleaciones, componen la atmósfera odorífica de cada casa, produciendo una marca sensible que posibilita indagar procesos estructurales de amplio alcance. En efecto, como se ha anunciado, reparar en los olores es un camino analítico adecuado para observar las condiciones materiales de existencia, así como las diversas pautas culturales que organizan la vida cotidiana en los espacios privados en el marco de una configuración social dada (Elias, 1998). De modo que, contrariamente a lo que indicaría su carácter efímero y volátil, los olores son producciones materiales que fundan memorias, develan relaciones sociales y actualizan conflictos y emociones. Estas características los convierten en índices adecuados para captar, desde una mirada socio-sensible, los procesos estructurales vigentes en una sociedad en un tiempo dado (Cervio, 2022a, 2022b).

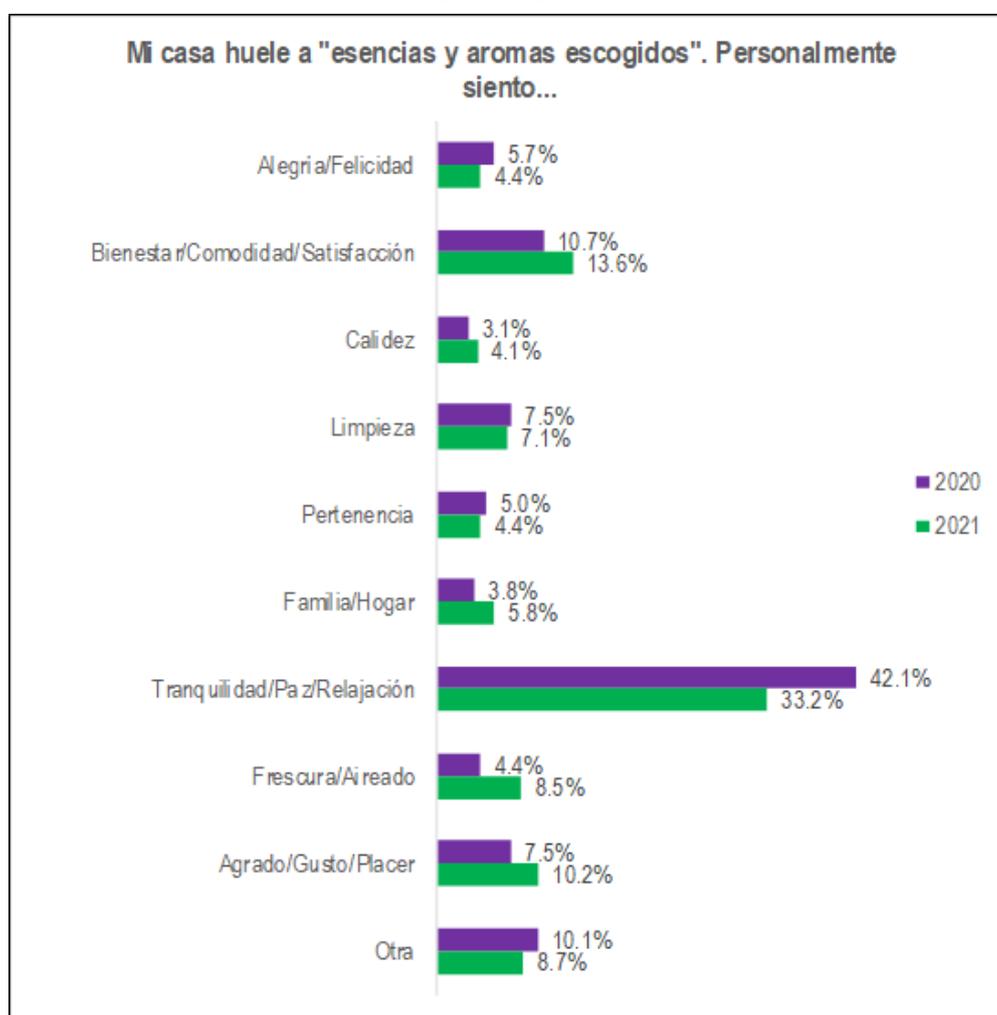
Estableciendo un nexo entre los datos recolectados y el supuesto teórico anterior, no es casual que tanto en 2020 como en 2021 las emociones que los encuestados asociaron con los olores/aromas que fueron especialmente seleccionados para ambientar la “atmósfera” privada durante el aislamiento hayan sido “tranquilidad”, “paz”, “calma”, “relajación” (Gráfico 4). Familia de palabras que alcanzó el 42.1% de las respuestas en 2020 y el 33.2% en

gares que dichos “aromas” han tenido en la historia odorífica, por lo menos, de Occidente (Corbin, 2002). Así, por ejemplo, olores asignados a “blancos y negros” desataron los más crudos conflictos raciales, justificando distintas prácticas e instituciones de segregación y opresión racial; los prejuicios olfativos que pesaban sobre los cuerpos-estigmatizados de judíos y prostitutas, y que signaron buena parte de los orígenes de la historia social desde la Edad Moderna, se profundizaron de manera horrorosa durante el Holocausto (Sennet, 1997). Se incluyen en este breve recorrido, los olores de la muerte, de la pobreza y de la enfermedad, así como los olores (y las prácticas de desodorización) que socialmente se proyectan sobre axilas, vulvas, penes y diversos fluidos corporales de los que el ser humano, por su propia composición física/química, naturalmente no puede “huir” (heces, orina, semen, transpiración, etc.). También se repara en los olores generacionales o, si se prefiere, en los cambios hormonales que se producen a lo largo de la vida, provocando “olores” particulares de acuerdo a la edad vital de la persona (olor a bebé, a adolescente, a adultos mayores, etc.) (Kukso, 2019).

2021.⁸ En segundo orden, la ambientación aromática “a la carta” produce “bienestar/comodidad/satisfacción” y “agrado/gusto/placer”, entre las opciones más destacadas.

En sintonía con los señalamientos anteriores sobre la *casa-nido* y *casa-concha* que la mayoría de los encuestados menciona como parte de los significados que asume su casa en el marco del aislamiento frente al COVID-19, puede afirmarse que los olores que se administran para ambientar el espacio habitado remiten, también, al sueño del refugio que ofrece el nido y a la tranquilidad que brinda el caparazón; ambas figuras poéticas/espaciales encierran, como sostiene Bachelard (2002), el valor de la comodidad y del reposo en un espacio agradable.

Gráfico 4.



Fuente: Elaboración con base en Cervio 2020a y Cervio, 2021a.

⁸ Una vez consultados acerca de cuál era el olor característico de la casa, se les preguntó: “*Personalmente, ¿qué siente con ese olor?*”, solicitando que mencionaran hasta 3 palabras. Las respuestas fueron categorizadas *ex-post* de acuerdo con familias de palabras. Por razones de espacio, aquí se trabaja sólo con los resultados obtenidos en las primeras menciones.

La primera lectura que puede derivarse de esta distribución es que las personas, en mayor medida, escogen aromas para ambientar su casa con el fin de *convertirla* en un sitio tranquilo y agradable, destinado a ofrecerles la calma y la relajación que les niega el mundo de lo público en el contexto de la pandemia. Algo así como utilizar olores para *conjurar* la peste que asola por fuera.⁹

En base a estos primeros datos, resulta evidente que los aromas y las fragancias “a la carta” forman parte de ese entramado sensible, emocional y creativo al que alude Lefebvre (1978) cuando sostiene que habitar es convertir el “espacio vivido”¹⁰ en un *lugar propio*, a partir de la inversión de un conjunto de capacidades, emociones y recursos que hacen del habitar una práctica que no puede comprenderse con independencia de las condiciones materiales de existencia del sujeto que habita. Así, la selección y consumo de productos aromáticos durante la cuarentena muestra la necesidad de configurar un espacio privado agradable y cómodo que facilite un “mejor-transcurrir” de la cotidianidad que ha sido confinada a desarrollarse exclusivamente “en casa”. Desde esta mirada, los aromas pueden ser comprendidos como un puente material/sensible que posibilita *con-vertir* el área personal de confinamiento en un *lugar propio* en el cual seguir desarrollando la vida cotidiana con cierto margen de “normalidad”.

Junto con el resto de las actividades desarrolladas en el interior del “hogar-mundo” en el que devino la casa durante los largos meses del aislamiento, los datos anteriores muestran que la selección, compra y administración de aromas, esencias y fragancias constituyeron prácticas habituales. Prácticas que, orientadas a gestionar el espacio privado confiriéndole, en forma

9 En la Antigua Grecia se utilizaban sustancias aromáticas –preferiblemente volátiles y con gran poder de penetración– con fines terapéuticos, pues se consideraba que las plantas no sólo prevenían enfermedades, sino que también tenían poderes curativos. En este marco se inscribe la práctica de Hipócrates quien sostenía que la peste podía detenerse con olores, y en el siglo V a.C. intentó poner fin a la plaga en Atenas quemando maderas aromáticas (Busslinger, 1983). Desde la Antigüedad, hasta la aparición de la teoría microbiana desarrollada por Pasteur en el siglo XIX, los olores que se propagaban por el aire eran considerados los principales agentes de contagio. De allí que la palabra “peste” derive del acto de apestar o de infectar con mal olor (Corbin, 2002).

10 Se recuerda que en su “teoría unitaria del espacio”, Lefebvre (2013) distingue tres categorías: a) *percibido*, b) *concebido* y c) *vivido*. Particularmente, el espacio “vivido” es aquel en el que los sujetos/usuarios ponen en juego dimensiones simbólicas e imaginarias con el propósito de crear/producir nuevas posibilidades espaciales.

artificial, la calma y el bienestar que negaba el espacio público, coadyuvaron para que los sujetos pudieran sobrellevar la incertidumbre, angustia, ansiedad y cansancio que, inexorablemente, acompañaban la expansión del virus.

En adición, además de su estricto valor estético destinado a infundir calma y equilibrio en el seno del espacio privado, la acción de perfumar y/o ambientar aromáticamente la casa (así como el cuerpo) descansa en una serie de decisiones individuales asociadas con la gestión de la identidad. Que el espacio personal huela “bien” o “mal” conforma un elemento básico tanto para la presentación del yo como para la construcción de la alteridad (Synnott, 2003; Simmel, 2014). El natural e imperceptible hecho de respirar obliga a inhalar las emanaciones de los otros, al tiempo que impone los efluvios propios a los demás, en el marco de un cuadro olfatorio que se orienta por las significaciones con las que social y culturalmente está investido un determinado olor. La apreciación olfativa es, entonces, el resultado de una construcción social a partir de la cual se aprende a organizar y clasificar el mundo de los olores en términos discretos (“rico”, “feo”, “bien”, “mal”, “neutro”, etc.). Estas valencias olfativas se transforman en innegables puntos de referencia a partir de los cuales los sujetos orientan sus acciones en el mundo.

De modo que, aunque la ambientación odorífica de la casa pueda ser pensada en términos de su valor estético, aquí también se asume que durante la pandemia los aromas “a la carta” contribuyeron a reafirmar la identidad de la casa y de sus habitantes en el marco del fin de las certezas que impuso la propagación planetaria del virus. En este escenario, reconocer(se) (en) lo cotidiano y aferrarse a lo familiar que supone la casa como “nido”, también compromete decisiones odoríficas orientadas a transformar el área personal de confinamiento en un “espacio realmente habitado”. Así, junto con los múltiples esfuerzos adaptativos que los encuestados realizaron en todos los órdenes de su vida (laboral, afectiva, educativa, recreativa, política, etc.) para resistir “desde casa” el avance de la pandemia, puede afirmarse que las decisiones aromáticas también jugaron un rol significativo, pues contribuyeron a reforzar las guías y puntos de referencia desde donde la vida seguía organizándose y proyectándose. Parafraseando a Bachelard (2002), quedar al abrigo de un olor fue un modo –aunque no exhaustivo– al que recurrie-

ron los sujetos para garantizar la tranquilidad en el nido, aferrándose obstinadamente a la vida.

Retomando los datos consignados en la Figura 2, otro conjunto de olores “típicos” de la casa fueron resumidos con la expresión “a limpio”, la cual fue puesta de manifiesto por el 15.1% y el 12.0% de la muestra en 2020 y 2021, respectivamente. Frente a este dato, cobra relevancia el señalamiento teórico presentado anteriormente según el cual los aromas/olores, por su propia composición física y complejidad social, tienden a escapar de las reglas de la semántica (Classen, Howes & Synnott, 1994). Para dar cuenta de ellos, al sujeto siempre le hacen falta palabras, de allí que recurra a rodeos discursivos que, generalmente, terminan describiendo –más que el olor/aroma que efectivamente se huele– las sensaciones que dichos estímulos le provocan: “frescura”, “feo”, “limpio”, “inmundo”, “agradable”, “sucio”, “excitante”.

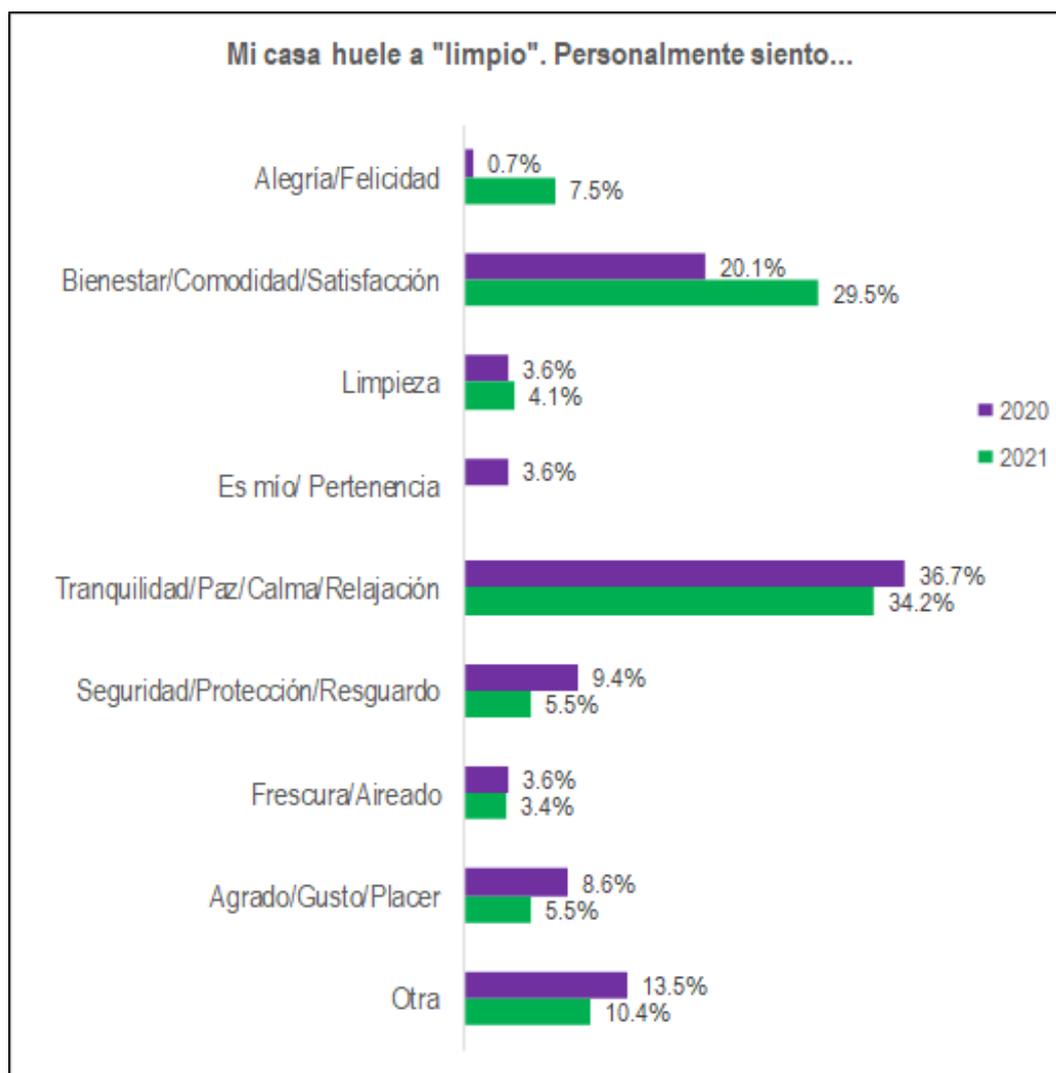
Que gran parte de los encuestados describan que su espacio de confinamiento huele a “limpio” señala, precisamente, la lógica esquiva de los olores frente a las palabras. Aun habiendo podido elegir la fuente que “produce” la sensación de limpieza que se percibe/huele como el olor característico de la casa (lavandina, detergente, alcohol, etc.), o incluso mencionar alguna descripción específica de esos olores (neutro, metálico, hospital, etc.), entre los encuestados primó la tendencia a describir la sensación que estimula todo ese conjunto de prácticas (y productos) que convergen en el mantenimiento e higienización del espacio habitado: “huele a limpio”, es decir, *el olor es la sensación*. Si la casa huele a limpio, por trasposición, el sujeto también se *siente limpio*, es decir, se percibe cumpliendo con el *imperativo ético social* que manda a cuidar la limpieza e higiene de la casa y del cuerpo como un modo de amortiguar el avance del virus desde el ámbito privado. Esta idea refuerza el posicionamiento teórico según el cual el olor, en tanto esencia, es parte inseparable de los espacios de habitabilidad, en todas sus escalas: cuerpo, casa, barrio, ciudad, etc.¹¹

La etiqueta “limpio” responde a una semántica social (Luhmann, 2007) compuesta por discursos, imágenes, símbolos y normas que conectan, en el caso específico de la pandemia, la importancia capital de limpiar los espacios

¹¹ Esta analogía puede apreciarse, entre otros aspectos, en la palabra inglesa *scent* utilizada para describir los olores, cuyo origen etimológico se conecta con el latín *essentia*.

y superficies, ventilar los ambientes, e higienizar distintas partes del cuerpo (manos y cara) como una manera de prevenir la transmisión de infecciones respiratorias, incluyendo las producidas por el COVID-19. En este cuadro, quienes afirman que su casa “huele a limpio”, personalmente, tienden a sentir “tranquilidad/paz/calma/relajación” y, en menor medida, “bienestar/comodidad/satisfacción”.

Gráfico 5.



Fuente: Elaboración con base en Cervio 2020a y Cervio, 2021a.

Asociado al cuidado del cuerpo y del entorno inmediato como condición indispensable para prevenir los contagios, el “olor a limpio” provoca, en la mayoría de las y los encuestados, emociones que refuerzan el sentido de la *casa-concha* (Bachelard, 2002), debajo de cuyo caparazón éstos pueden esperar la tranquilidad de no contagiarse ni contagiar a otros. Pero al mismo

tiempo, el olor a limpio actúa como una barrera socio-sensible que delimita la zona de confinamiento personal respecto del resto del mundo (exterior, público) en el que, pandemia mediante, fluyen diversas fuentes de contagio e infección, incluidos los otros (vecinos, familiares, amigos y desconocidos). En efecto, la limpieza y “sentir” olor a limpio opera como una barrera que los propios sujetos pueden administrar –con la autonomía que confiere el poder acceder materialmente a los productos desinfectantes y tener la energía corporal necesaria para poder higienizar en forma periódica el cuerpo y la casa– para mantener el virus y sus consecuencias “a raya”. Como se afirmó: *si la casa huele a limpio, entonces, el sujeto se siente limpio*, es decir, se concibe con la potencia de arrojar fuera de sí (de su entorno corporal y ambiental inmediato) cualquier objeto sospechado de ser peligroso/amenazante.

Con todo, en el “olor a limpio”, en tanto sentencia sensorial que resume uno de los olores característicos de la casa durante la pandemia, puede observarse que la conformación de las fronteras entre lo *uno y lo otro* se relaciona con la necesidad de designar aquello que amenaza, es decir, aquello que se muestra potencialmente agravante, peligroso o perjudicial para el sujeto. Tal designación compone *objetos fronterizos* (tales como limpieza, desinfectantes, prácticas de higiene, sentido del cuidado de la salud, etc.) que resguardan al yo de las potenciales transformaciones que supondría el con-tacto con lo amenazante.

4. Conclusiones

Indagar los sentidos de la casa supone emprender una reflexión crítica en torno a ese lugar particular que los sujetos ocupan en una determinada coordenada espacio-temporal, y sobre el que proyectan diversos sentidos que se adhieren a objetos, afectos y relaciones. Acercarse a la casa como lugar de indagación teórica implica una aproximación no solo a los objetos materiales que la componen sino también a las distribuciones espaciales, usos, funcionalidades y sentidos que los sujetos otorgan a cada rincón, con sus historias, conflictos y adaptaciones. Es que la casa, además de vincularse en forma directa con la biografía, la identidad e intimidad de sus moradores, es un recinto que sintetiza –entre cuatro paredes– dinámicas colectivas merced a las cuales históricamente fueron estableciéndose los parámetros

que distinguen la vida pública de la privada, con sus respectivas normas y codificaciones.

Así como la adopción de muebles, posturas y utensilios en las distintas épocas históricas marcan modos específicos de comportamientos y protocolos para comer, dormir, defecar, higienizarse, etc. (Elias, 2016; Ariès y Duby, 2017), la emergencia de las nociones de *confort* y comodidad en el seno doméstico también señala cambios sociales y económicos más amplios que han impactado en la vida cotidiana y, por supuesto, en el valor y significados de la casa. En este sentido, Rybczynski (1991) muestra cómo, desde el siglo XVIII, la noción de comodidad comienza a diseminarse entre los burgueses de los Países Bajos, impactando de lleno en la configuración de la casa y en los nuevos modos de habitar. En efecto, con el desplazamiento del trabajo hacia el ámbito público, las casas se volvieron más pequeñas. En la medida que disminuía el número de habitantes, también cambiaba el ambiente y la funcionalidad de la casa, transformándose progresivamente en un sitio en el que comenzaba a ganar exclusividad la familia. Además, los cambios culturales asociados con la prolongación de la estancia de los hijos en la casa, reforzaron aún más la noción de intimidad familiar. La “casa grande” feudal –refugio contra los intrusos– cedió su paso a la pequeña casa familiar y doméstica. Con este conjunto de cambios, “la casa se estaba convirtiendo en un hogar y, tras la intimidad y la domesticidad, estaba abierto el camino al tercer descubrimiento: la idea de confort” (Rybczynski, 1991: 85). El avance del *confort* como una de las ideas centrales sobre las que comienza a organizarse la vida “hogareña” trajo consigo diversas transformaciones tecnológicas. Por ejemplo, estar más tiempo en la casa –sobre todo por parte de las mujeres, encargadas de gestionar la domesticidad– obligó a mejorar los modos de ventilación. El enfriamiento resultante alentó el perfeccionamiento de las lámparas de gas y los combustibles, propiciando no solo el incremento del confort sino también la alfabetización de la mano de la lectura nocturna.

Ese entramado de conceptos que, de manera natural (y casi desapercibidamente), se adhiere a la casa como parte ineludible de sus sentidos (intimidad, familia, comodidad, domesticidad, etc.) es la resultante de complejos procesos que debieron enfrentar las sociedades, en sus distintas etapas, para resolver la organización cotidiana de la producción y la reproducción social

(Cervio, 2020b). De esta forma, la casa es un *índice sensible* de los cambios sociales, en tanto traduce, palpita, enuncia y señala las diversas dinámicas económicas, sociales, culturales y tecnológicas sobre las que se fundan y re-fundan los reajustes sociales. Dinámicas que adquieren un valor y pueden analizarse desde un registro cotidiano a partir de los diseños, consumos, artefactos, usos y hábitos que se despliegan en el interior de las casas como parte de un complejo movimiento por convertirlas en “hogares”.

Las aludidas transformaciones pueden ser observadas, entre otras vías, mediante la indagación de los perfumes, olores, hedores y fragancias que componen la atmósfera olfativa de una casa. Ésa ha sido, precisamente, la apuesta analítica de este capítulo. Los datos analizados muestran que tanto las elecciones aromáticas “a la carta” como las prácticas de limpieza referidas constituyen engranajes vitales para la gestión sensible de la casa como ese hogar-mundo donde, empecinadamente, y más allá del virus, sigue desarrollándose la vida cotidiana. En ese recuento sensible, los olores “denuncian”, a su modo, parte de las lógicas sociales que atraviesan el *privilegio de poder quedarse en casa*.

El análisis presentado muestra que la gestión odorífica del mundo privado posibilita observar formas específicas de regulación y apropiación del espacio vivido (Lefebvre, 2013), con sus conflictos, tensiones y significados. En el contexto específico de la pandemia, en el que la casa se erigió como epicentro de (casi) todas las actividades humanas, los olores que predominan en los espacios privados comunican dos mecanismos confluyentes.

Por un lado, constituyen una dimensión crucial del *comfort* que se configura y administra dentro de las zonas personales de confinamiento. Así, junto con la decoración, la iluminación y la ventilación, la odorificación de la casa constituye una parte significativa de la gestión cotidiana del habitar. Gestión que involucra acciones, decisiones e inversiones materiales-afectivas, y que no puede ser comprendida con independencia de las condiciones materiales de existencia en general, y de la situación de habitabilidad en particular. Los olores escogidos llenan el espacio habitado, componen el ambiente que se respira, y diseminan sentidos y emociones en el marco del encierro. Con su presencia, los olores “a la carta” contribuyen a moldear y custodiar, desde un registro socio-sensible, la figura de la *casa-nido*: ese es-

pacio interior, confortable y tranquilo, en el que *se desea estar*, más allá de las restricciones pandémicas.

Por otro lado, los datos analizados muestran que los olores de la casa conforman una materialidad que protege, en tanto contribuye a neutralizar amenazas externas. Las emociones de tranquilidad, calma y relajación con que los sujetos asocian el espacio interior no pueden ser comprendidas sin considerar que por fuera existe “algo” respecto de lo cual protegerse. Así, durante la cuarentena, el “olor a limpio” –viabilizado por el uso de productos desinfectantes, pero también asumido como el resultado de concretas prácticas de higiene y limpieza desarrolladas sobre el cuerpo y el ambiente– ejemplifica una de las promesas de protección que ofrece la *casa-concha*, operando como una frontera o caparazón que resguarda al yo de las potenciales amenazas asociadas al con-tacto con lo infecto.

Es en los intersticios de ambas operaciones donde puede observarse, a modo de ejemplo, cómo las sensibilidades olfativas se conectan en forma decisiva con las experiencias del habitar la casa, en el marco de concretas políticas de las sensibilidades que, más allá de la pandemia, “traducen” el *orden social* en un concreto *orden del sentir* a partir del cual los sujetos viven, con-viven, hacen y sienten “todos los días”.

5. Bibliografía

ABDELMONEM, Mohamed Gamal and ARGANDOÑA, Antonio (Ed.) (2020) *People, Care and Work in the Home*. London: Routledge.

AHMED, Sara (2017) *La política cultural de las emociones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

ARENDT, Hannah (2003) *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

ARIÈS, Philippe y DUBY, Georges (2017) *Historia de la vida privada*. Barcelona: Taurus.

ATKINSON Rowland and FLINT John (2001) “Accessing Hidden and Hard-to-Reach Populations: Snowball Research Strategies”. *Social Research Update*, 33.

BACHELARD, Gastón (2002) *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.

BLUNT, Alison and DOWLING, Robyn (2006) *Home*. London: Routledge.

BOCCAGNI, Paolo and KUSENBACH, Margarethe (2020) “For a comparative sociology of home: Relationships, cultures, structures”. *Current Sociology*, Vol. 68, N° 5, pp. 595– 606. <https://doi.org/10.1177/0011392120927776>

BUSSLINGER, Nicole (1983) *Armonía de fragancias. El maravilloso mundo del perfume*. Barcelona: Tusquets.

CASTEL, Robert; KESSLER, Gabriel; MERKLEN, Denis y MURARD, Numa (2013) *Individuación, precariedad, inseguridad. ¿Desinstitucionalización del presente?*. Buenos Aires: Paidós.

CERVIO, Ana Lucía (2015) “Experiencias en la ciudad y políticas de los sentidos. Lecturas sobre la vista, el oído y el olfato”. En: Rafael Sánchez Aguirre (Comp.), *Sentidos y sensibilidades: exploraciones sociológicas sobre cuerpos-emociones*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora, pp. 17-48.

_____ (2020a) *En cuarentena, en casa. Prácticas y Emociones durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio por COVID-19 en hogares urbanos de Argentina*. CONICET- CICLOP-UBA / CIES. DOI:10.13140/RG.2.2.17859.43045

_____ (2020b) “Sentidos y sensibilidades sobre la ‘casa’. Exploraciones sociológicas desde la mirada de mujeres”. En: Victoria D’hers y Aldana Boragnio (Comp.), *Sensibilidades y feminidades: mujeres desde una sociología de los cuerpos/emociones*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos, pp. 47-75.

_____ (2021a) *Prácticas y emociones sobre la casa en Argentina, a un año del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio por COVID-19*. CONICET- CICLOP-UBA / CIES. DOI:10.13140/RG.2.2.33440.30720/1

_____ (2022a) “Experiencias y memorias del habitar: una aproximación teórica desde las sensibilidades olfativas”. En: Margarita Camarena Luhrs y Vicente Moctezuma Mendoza (Coord.), *Ciudad de México: miradas, experiencias, posibilidades*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, pp. 53-84.

_____ (2022b) “Habitar en la socio-segregación: una exploración sociológica desde los olores”. En: Angélica De Sena y Jeanie Herrena Nájera (Comps.), *Sensibilidades, subjetividades y pobreza en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 137-158.

_____ (2022c) “Silencio en la ciudad pandémica. Lecturas desde

- una sociología de las sensibilidades”. *Methodos. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 10, N° 2, pp. 351-365. <http://dx.doi.org/10.17502/mrcs.v10i2.589>
- CLASSEN, Constance; HOWES, David and SYNNOTT, Anthony (1994) *Aroma. The cultural history of smell*. New York: Routledge.
- CORBIN, Alain (2002) *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglo XVIII y XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ELIAS, Norbert (1998) ¿“L’Espace privé”, “Privatranm” o “espacio privado”? En: *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma Editorial.
- _____ (2016) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FREUD, Sigmund ([1930] 1989) *El malestar en la Cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HOCHSCHILD, Arlie Russell (2008) *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Madrid: Katz Editores.
- JOHNSON, María Cecilia; SALETTI-CUESTA, Lorena y TUMAS, Natalia (2020) “Emociones, preocupaciones y reflexiones frente a la pandemia del COVID-19 en Argentina”. *Ciência & Saúde Coletiva*, Vol. 25, N° 1, pp. 2447-2456. <https://doi.org/10.1590/1413-81232020256.1.10472020>
- KORSTANJE, Maximiliano (2019) *Terrorism, Technology and Apocalyptic Futures*. Cham: Palgrave Macmillan.
- KUKSO, Federico (2019) *Odorama. Historia cultural del olor*. Buenos Aires: Taurus.
- LE BRETON, David (2017) *Sensing the World: An Anthropology of the Senses*. London: Bloomsbury Academic.
- LEFEBVRE, Henri (1972) *La revolución urbana*. Madrid: Alianza.
- _____ (1978) *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
- _____ (2013) *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- LINDON, Alicia (2020) “La periferia: fragmentos inestables de la ciudad vivida”. *Perspectiva geográfica*, Vol. 25, N°2, pp.15–33. <https://doi.org/10.19053/01233769.10548>
- LUHMANN, Niklas (2007) *La sociedad de la sociedad*. México: Herder/ Universidad Iberoamericana.
- MARCUSE, Herbert ([1953] 1972) *Eros y civilización*. Barcelona: Seix Barral.

- MINISTERIO DE SALUD DE LA REPÚBLICA ARGENTINA (2022) *Reporte Diario. Sala de situación Coronavirus online*, 20 de marzo. Disponible en: https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2022/03/sala-situacion-covid19_20-03-2022.pdf Fecha de consulta, 17-08-2023.
- PROUST, Marcel ([1913] 2006) *En busca del tiempo perdido. Vol. I: Por el camino de Swann*. Buenos Aires: CS Ediciones.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2023) “Vivienda. Casa”. En: Diccionario de la Lengua Española, <https://dle.rae.es/> Fecha de consulta, 10-08-2023.
- RYBCZYNSKI, Witold (1991) *La casa. Historia de una idea*. Buenos Aires: Emecé.
- SCRIBANO, Adrián (2017) “Amor y acción colectiva: una mirada desde las prácticas intersticiales en la Argentina”. *Aposta, Revista de Ciencias Sociales*, N° 74, pp. 241-280. <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/ascribano2.pdf>
- _____ (2015) “Comienzo del Siglo XXI y Ciencias Sociales: Un rompecabezas posible”. *Polis*, 14 (41), pp. 209-221. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682015000200015>
- SENNETT, Richard (1997) *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.
- SIMMEL, Georg ([1908] 2014) “El espacio y la sociedad”. En: *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. México: Siglo XXI.
- SYNNOTT, Anthony (2003) “Sociología del olor”. *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 65, N° 2, pp. 431-464. <https://doi.org/10.2307/3541571>
- TUAN, Yi-Fu (2007) *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Tenerife: Melusina.